

LOS EFECTOS IDENTITARIOS DEL RACISMO

Alfonso GARCÍA MARTÍNEZ
Universidad de Murcia

Resumen: La persistencia del uso de categorías raciales no es tanto un indicio de su validez como de su continuada presencia (y la de sus efectos) en la vida colectiva de nuestras sociedades. De hecho, las manifestaciones sociales del racismo, desde las más brutales a las más sutiles, están basadas en rasgos propios del proceso de construcción social de la idea de 'raza', que fija y clasifica a los grupos humanos en portadores de supuestas identidades persistentes y transmisibles. En este artículo pasamos revista a las diversas variables que inciden en el mantenimiento de la idea de que la diferencia es el marco que justifica la discriminación y posibilita la desigualdad.

Palabras clave: Racismo, 'raza', identidad racial, discriminación, exclusión, desigualdad.

Abstract: The persistence of the use of racial categories is not so much an indication of its validity like of its continuous presence (and that of its effects) in the collective life of our societies. In fact, the social manifestations of the racism, from the most brutal to the subtlest, they are based on features characteristic of the process of social construction of the idea of 'race' that fixes and it classifies to the human groups in payees of supposed persistent and transferable identities. In this article we pass magazine to the diverse variables that impact in the maintenance of the idea that the difference is the mark that justifies the discrimination and it facilitates the inequality.

Key words: Racism, 'Race', Racial Identity, Discrimination against, Exclusión, Inequality.

INTRODUCCIÓN

En el actual contexto social y político, es prácticamente imposible ignorar el papel de las ideas derivadas del constructo de la 'raza' en la configuración y determinación de las relaciones sociales y políticas en la mayoría, si no en todas, de las sociedades humanas, entre otras cosas porque ocupan un lugar central en una amplia gama de debates, incluidos los científicos (Solomos y Back, 1996). En el marco europeo, apenas hay duda sobre el hecho de que la inmigración y las relaciones subsiguientes entre grupos humanos con procedencias y bases culturales diferentes supone un elemento central de los debates políticos, al tiempo que representa un factor decisivo en la reflexión sobre el futuro de nuestras sociedades, en todas sus dimensiones, incluyendo el tema de la importancia del papel del racismo, en tanto que fuerza social y política, en ese futuro inmediato. Esto es algo que, en su forma más concentrada, se ha podido apreciar a raíz de las pasadas elecciones presidenciales francesas, aunque el fenómeno afecta a una buena parte de los países europeos.

El profesor Michel Wieviorka (1992b) ha estimado que el racismo puede entenderse como la combinación de dos lógicas principales, que varían según las experiencias consideradas: el contexto concreto en que se produce, lo que permite que sea expresado por una gran variedad de significados convenientemente codificados:

1. En primer lugar, el racismo se corresponde con un principio de inferiorización del grupo racializado, que le convierte en un discriminador negativo. En este caso, el grupo víctima puede tener un lugar en la sociedad, con la condición de consagrarse a las tareas más penosas y no ser demasiado visible (Myrdal, 1944; Ellison, 1952).
2. En segundo lugar, el racismo implica una voluntad de rechazo y exclusión, o, en situaciones extremas, de destrucción del grupo racializado. El principio rector de esta lógica es el de la diferenciación.

Mientras la lógica de discriminación negativa remite a los atributos naturales del grupo víctima, ya sea en términos organicistas o en términos categoriales de la moderna genética, la lógica diferencialista, utilizando un giro cultural, pone el acento en las características específicas de la cultura del grupo racializado, que considera amenazante para la propia. De modo que el objetivo de la lógica anti-igualitaria es, ante todo, la discriminación y se mantiene en el marco de las relaciones sociales, el de la lógica diferencialista es la segregación, buscando más la separación que la opresión. Aunque distintas en teoría, ambas lógicas nunca aparecen puras en las prácticas históricas, aunque una de ellas sí puede ser dominante, como en el caso nazi, o puede combinarlas, como del *apartheid* sudafricano (diferencialismo y explotación).

Tal y como Wilson (1987) y Wieviorka *et al.* (1992) sostienen, un racismo estable y duradero sólo puede darse si se produce la asociación de estas dos lógicas, con la consecuencia de que:

- a) donde predomina el principio de desigualdad y de explotación, la cuestión racista parece *disolverse* en la cuestión social y,
- b) donde sólo existe distancia cultural, el espacio del racismo se encoge puesto que se desvanece la amenaza suscitada por la presencia, real o imaginaria, del grupo culturalmente distinto.

DIFERENCIA Y DESIGUALDAD

El racismo no debe ser confundido con ninguna otra forma de rechazo del otro, de prejuicios desfavorables y ni siquiera de discriminación, y es imposible aludir a él desde el momento en que no existe naturalización de una categoría social ni conciencia de estar amenazado por aquellos que la encarnan. Por lo tanto, podemos preguntarnos legítimamente si el fenómeno así descrito tiene una unidad real o si ésta no ha sido creada artificialmente por la propia definición. Tal inquietud parece tanto mejor fundada cuanto que el racismo combina dos principios excluyentes: la desigualdad y la diferencia.

La desigualdad está estrechamente asociada a la argumentación biológica que inferioriza a ciertos grupos humanos. El tema de la diferencia es, por el contrario, cultural, estableciendo las bases de la posibilidad o no de asimilación de ciertos grupos. Frente a quienes sostienen que una y otra dan lugar a dos tipos de racismo, como Taguieff (1988), Touraine cree que el racismo se define por su complementariedad: "Sólo la asociación de la diferencia y de la

inferioridad produce el racismo” (Touraine, 1993: 25), ya que si “el reconocimiento de las diferencias se torna peligroso, hace falta que sea reintroducida la idea de desigualdad. Es preciso que el pueblo rechazado sea considerado al mismo tiempo como amenazante [...], y como biológicamente inferior” (Touraine, 1993: 26).

De este modo, una característica central de la sociedad emergida de la Modernidad es que la desigualdad y la exclusión de individuos y grupos a causa de la diferencia nunca se han separado completamente, lo cual anima a pensar que el racismo asociado a la Modernidad no es un fenómeno absoluto, sino sólo un aspecto de la representación de gentes que son a la vez socialmente inferiores y culturalmente diferentes, es decir, simultáneamente pobres e inasimilables.

Mucha gente piensa espontáneamente que la Modernidad disuelve el racismo en tanto que debilita sus planteamientos y juzga a los individuos por lo que hacen y no por lo que son. Pero, si la sociedad moderna es el espacio histórico donde aparece el racismo, lo es porque *precisamente* generaliza a todo el mundo las relaciones de jerarquía y de distancia social tradicionales sin por ello asegurar la integración de todos en una cultura universalista muy alejada de la realidad de los Estados nacionales. Para Gellner (1983), la nación no era una realidad que pugnara por hacerse reconocer en el mundo moderno, sino una realidad política creada por la Modernidad como un medio de integración social adecuado a economías complejas y a sociedades más diversificadas que las que operan en el marco tribal o feudal. Pero el refuerzo de la nación se contradice con los valores universalistas de la Modernidad, y en esa disociación de la modernización y el refuerzo del Estado nacional se encuentra una de las principales explicaciones del racismo.

El racismo se desarrolla en el mundo moderno cuando se rompe la unión entre la razón y la nación. El racismo acabado es una definición de sí mismo y del otro en términos naturalizados, pero estas dos fases del racismo no se corresponden nunca completamente, pues el moderno se define a sí mismo en términos culturales frente al primitivo, definido en términos biológicos; también se define en términos nacionales, étnicos y, finalmente, explícitamente racistas, cuando percibe que la generalización del comercio y del dinero o la entrada de nuevas naciones en el sistema mundial de intercambios suponen una amenaza que hay que contrarrestar.

En esta complementariedad y esta oscilación entre el racismo que reclama una definición cultural del otro, y el racismo que implica una definición cultural de uno mismo, es donde reside la dinámica del racismo. El racismo empuja al límite la disociación entre nación y razón: abandona la esperanza de la modernidad en nombre de la defensa de una nación amenazada en su ser cultural o incluso físico por la invasión de una modernidad extraña (extranjera). Por esta razón, en las naciones centrales, el racismo adopta muy a menudo formas atenuadas o disfrazadas, y, a veces, rehúsa reconocerse.

Es así como se ha ido produciendo esa gran variedad de significados codificados que el racismo expresa, y lo que ha permitido que los racismos contemporáneos hayan evolucionado y adaptado a las nuevas circunstancias, pero con una característica especial, la de que tales lecturas de la situación pueden producir efectos racistas al mismo tiempo que los que las realizan niegan que tales efectos sean el resultado de un planteamiento racista. Este es el caso de su codificación bajo la forma de “lógicas culturales”, que permiten a los defensores de este tipo de racismo negar que lo sean, sosteniendo que su única preocupación es la de defender su peculiar “modo o estilo de vida”, sin que el tema del color sea relevante para su discurso. Pero, aunque esta progresiva complejidad en la definición del racismo nos sitúa ante la imposibilidad de simplificar

sus lógicas y sus definiciones, no puede evitar la tendencia a clasificar a los grupos sociales en términos de las propiedades naturales que los configuran dentro de contextos políticos y geográficos específicos, esto es, responden a un culturalismo definido pseudo biológicamente (Solomos y Back, 1996); de ahí la necesidad de contextualizar rigurosamente este discurso racista y de analizar las relaciones sociales en las que se proyecta, así como los efectos que provoca.

VARIABLES EXPLICATIVAS DEL RACISMO

Históricamente, por tanto, el prejuicio racial tiene un origen relativamente reciente y, en su evolución, la definición analítica del racismo ha asumido dos vertientes fundamentales:

- *Por una parte*, se continuaba usando el término en los discursos específicos sobre la ‘raza’, esto es, en los referidos al carácter natural de los caracteres distintivos de los grupos humanos que causaban su reproducción, pero incrementando su significado inicial con nuevos argumentos e ideas sociales, políticas y culturales cuyo resultado esperado era el de mantener a tales poblaciones dentro de la desigualdad de la estructura social. Se transita así a una visión del otro que incide menos en los rasgos biológicos y más en otros aspectos discriminantes de tipo culturalista y diferencialista (Lucas, 1994), siguiendo la definición de ‘racismo simbólico’ proporcionada por Sears y Kinder (1970) y por Sears (1988). Aunque esto no signifique que se mantenga una trayectoria constante en la utilización argumental, ya que de modo recurrente ciertos autores tornan a recuperar la vieja copla biologicista o genetista sobre la irreductibilidad de las diferencias entre las ‘razas’.
- *Por otra parte*, el significado se ha ampliado para globalizar las prácticas individuales e institucionales destinadas a garantizar la reproducción de las ‘razas’ como diferentes e inferiores, –lo que implica necesariamente la existencia de otra u otras superiores–, independientemente de que no sea esa su intención manifiesta o consciente, pero que, a fin de cuentas, continúa garantizando las bases de la desigualdad que el racismo precisa para operar. Tendencia inicialmente instaurada por uno de los mayores doctrinarios del racismo, el conde J.A. de Gobineau (1967), quien no dudó en manifestar que su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, publicado entre 1853 y 1855, lo había escrito para luchar contra el liberalismo (Leiris, 1983: 5). Luchando contra el ascenso de la democracia burguesa, Gobineau defendía a la aristocracia, considerada como la auténtica ‘raza superior’. Dicha inferioridad no se reduciría a aspectos de tipo intelectual o biológico, sino que se extendería asimismo al terreno moral, inhabilitando permanentemente a los ‘inferiores’ para situarse en un plano distinto al que los ha situado la naturaleza. De nuevo aquí, el recurso a categorías sociales se remite a una (groseramente encubierta) naturalización de las relaciones entre grupos humanos que quedan *predestinados* por su adscripción racial, justificando cualquier actuación o proceso excluyente, tanto individual como colectivo. Así, siguiendo el análisis de G. Bello (1998),

“la inferiorización moral del otro mediante el recurso a una ética involutiva implícita en el discurso de la santidad y las infecciones, etc., que justifica la exclusión o expulsión del otro del mundo de la vida o de lo vivo (que en el caso de los vivientes humanos es un ‘mundo-de-

vida' en el sentido husserliano del término: allí donde se puede *hacer* la vida; en comunidad de significación o socio-simbólica.)”

El hecho explicitado por la experiencia social de las relaciones entre grupos humanos diferentes es que estas posiciones se mantienen a pesar de la desaparición de los fundamentos “científicos” que las sustentaron originalmente. De ahí que las semánticas de la ‘raza’ sean producidas por un complejo entramado de procesos interdiscursivos, en los que el lenguaje de la cultura y la nación invocan una oscura narrativa racial. En efecto, los escritos sobre el nuevo racismo muestran cómo las manifestaciones contemporáneas de la ‘raza’ están codificadas en un lenguaje que pretende eludir la acusación de racismo. En el caso del nuevo racismo, está codificada como ‘cultura’. En tanto que portadores de culturas diferentes, los inmigrantes actuales se configuran como los herederos de la antigua discriminación racial, o, como lo expresan Balibar y Wallerstein (1988: 222),

“la ‘inmigración’ se ha convertido en el nombre por excelencia de la raza, un nuevo nombre, pero que es equivalente funcionalmente a la vieja denominación, así el término ‘inmigrante’ es la característica central que permite a los individuos ser clasificados en una tipología racista.”

Este vínculo entre ‘inmigración’ y ‘raza’ se ha hecho cada vez más evidente en los países europeos occidentales, en especial desde la caída del Muro de Berlín y el resurgimiento de movimientos racistas organizados. Y, aunque sería un simplismo identificar los movimientos de trabajadores inmigrantes y la formación de asentamientos minoritarios como la causa del surgimiento del racismo, resulta claro, de acuerdo con la experiencia de un buen número de sociedades, que la cuestión de la inmigración se ha convertido en un elemento decisivo y muy complejo en la articulación de las actuales ideas y prácticas racistas. Según la propuesta de Miles (1982, 1989), las razones históricas explicativas serían las siguientes:

1. La interdependencia entre desarrollo capitalista y subordinación ‘negra’ tuvo una prolongación con la entrada en las ciudades y centros metropolitanos de una población hasta entonces limitada a su periferia.
2. La imagen del esclavismo, que situó a la gente de color en una posición subordinada respecto del proletariado emergente, lo que permitió percibirlos no sólo como explotados sino además como inferiores (‘razas’ biológicamente inferiores).
3. Las migraciones subsiguientes reforzaron esta estratificación social, asignando las peores tareas y estableciendo condiciones salariales diferentes para la gente de color en relación con los trabajos desempeñados por los trabajadores blancos.

La confluencia de estos fenómenos permitió mantener intacta la estructura esencial de la subordinación de la gente de color (no blanca) en función de su pertenencia a otra ‘raza’ distinta de la blanca, aun cuando su justificación teórico-ideológica sostuviese lo contrario. La continuidad de las estructuras que hacían posible la subordinación de la gente de color hizo que el concepto de racismo adaptase su significado para explicar esta nueva situación que se presentaba como sustitutiva del esclavismo y del colonialismo. Esta situación es la que justificaría que aún sigamos enclavados “en el interior del cronotopo colonialista, sólo que ahora bajo la modalidad de ‘neo’ o ‘post-colonialismo’” (Bello, 1998).

Esta situación origina la tendencia a exponer, como tesis explicativa, que la característica principal del racismo no sería la hostilidad hacia otros seres humanos o hacia sus manifestaciones culturales, sino la

“defensa de un sistema según el cual ciertos individuos gozan de unas ventajas sociales que derivan directamente de su pertenencia a un grupo determinado. La defensa de este sistema pasa fundamentalmente por asegurar la continuidad de este tipo de relaciones privilegiadas.” (Alegret Tejero, 1992: 102).

Evidentemente, la contrapartida está en la carencia o mayor dificultad de estos grupos diferentes para acceder a los beneficios de que gozan los autóctonos en los diferentes campos sociales (educación, vivienda, salud, trabajo, etc.) y políticos (representación, derechos electorales, etc.), si bien, a su vez, algunos de los autóctonos lo pueden padecer también en función de su ubicación en la estructura de clases, aunque, eso sí, siempre en un peldaño más elevado que los miembros de las minorías catalogadas en función de sus supuestos rasgos raciales.

De ello podemos deducir que el concepto de racismo, de referirse únicamente a una ideología basada en la teoría de la ‘raza’, ha pasado a designar un amplio campo de prácticas y de situaciones sociales de carácter excluyente, en razón de la asignación desigual de recursos y prestaciones sociales, de la infra-representación en la estructura de relaciones sociales y de la sobre-representación en ciertas categorías valoradas negativamente (por ejemplo, ser permanentemente sospechoso para las autoridades), respecto de determinados grupos humanos o sociales. Para F. Javaloy (1994: 23), en este ‘nuevo’ racismo, “la forma de expresión llega a hacerse tal vez más importante que el contenido mismo. Se trata de un racismo que no confiesa directamente su naturaleza, que se niega a declarar expresamente su tendencia a discriminar al negro y se refugia en sobreentendidos, supuestos y afirmaciones implícitas”, lo que le hace más digerible para ser integrado en el discurso político.

De un modo sistemático, podemos enumerar un cierto número de características del racismo que dan perfecta cuenta de la complejidad de factores que intervienen en su configuración, de las dificultades que comporta su tratamiento, de la raigambre de sus postulados bajo diversas consideraciones teóricas o psicológicas y de los obstáculos que encuentran los desarrollos educativos para combatirlo por medio del recurso a los planteamientos racionales y al diálogo. Entre ellas son especialmente significativas las siguientes:

- 1° Aunque el racismo presupone un proceso de racialización (atribución de rasgos tenidos por objetivos, permanentes y distintivos de un grupo humano específico), se aleja de él en cuanto incorpora un componente valorativo y evaluativo de carácter negativo para los grupos humanos o sociales así percibidos y para los individuos pertenecientes a esos grupos. Representa, pues, el producto de una distinción biológica que supera y desborda sus propios cauces de intelección y de competencia.
- 2° A pesar de ser considerado generalmente como un sistema carente de lógica, el racismo puede adoptar el aspecto de una formulación teórica relativamente coherente mediante la forma de una estructura lógica y la presentación de ‘evidencias’ que la sostengan. Sin embargo, *también* aparece bajo la cobertura de otra serie de elementos menos coherentes (estereotipos, imágenes, atribuciones y explicaciones), especialmente en el contexto de la vida cotidiana. De ahí que pueda estar presente tanto en una universidad como en sectores culturalmente menos preparados.

- 3° En tanto que el racismo refleja ciertas regularidades observadas y efectúa una interpretación de tipo causal que puede ser presentada como consistente respecto de esas regularidades observadas, así como una solución a los problemas detectados por quien lo utiliza, se asegura un cierto nivel de éxito teórico explicativo. Como opción ideológica que combina elementos de verdad con otros falsos, es capaz, por tanto, de dar un sentido explicativo al mundo.
- 4° Pero, como hemos puesto de relieve, el racismo no es una ideología simple e inmóvil. Aun cuando es posible identificarlo por la estabilidad y persistencia de un cierto tipo de aseveraciones que formula, de imágenes que incorpora y de estereotipos que transmite, también es capaz de adecuar sus contenidos a condiciones cambiantes, tal y como sucede con algunas de sus manifestaciones actuales.
- 5° En tanto en cuanto, en ciertos segmentos de población, el racismo supone un intento de comprender una combinación específica de relaciones económicas y políticas, las estrategias educativas destinadas a su eliminación no pueden dejar de lado la incidencia en la modificación de esas mismas relaciones económicas y políticas específicas.

Según Javaloy (1994: 24), esta situación quedaría plasmada en seis rasgos actitudinales que darían cuenta de la existencia y de la manifestación de racismo entre sus portadores y que fueron considerados por Pettigrew (1989) en relación con el racismo blanco americano:

- 1° Rechazo de los estereotipos burdos y de la discriminación descarada.
- 2° Oposición al cambio social por razones ostensiblemente no raciales.
- 3° Sentimiento de amenaza para el *status* del grupo de pertenencia.
- 4° Concepción individualista del éxito en el trabajo.
- 5° Conformidad con las nuevas normas de “interacción racial” sin internalización completa.
- 6° Microagresiones indirectas y evitación del contacto con los individuos o grupos racializados.

Todo ello puede proporcionar una visión aproximada de la complejidad y la capacidad adaptativa de las manifestaciones individuales y sociales que adopta en nuestros días ese fenómeno polimorfo y recurrente del racismo, ya sea en su versión ‘dura’ o en su versión ‘blanda’ (Taguieff, 1993) y menos agresiva, que traslada el acento desde la referencia racial al registro cultural, es decir, trasladando el peso ideológico de la ‘desigualdad’ fisiológica a la ‘diferencia’ cultural y buscando nuevos argumentos para su legitimación, para la que ya no es preciso el recurso a una manifestación de rechazo frontal; puede efectuarse, y de hecho lo hace, a través de un discurso indirecto y el recurso sistemático a elementos implícitos:

“Al vincular el fenómeno del racismo al concepto de cultura, se amplía la definición del mismo hasta el punto de hacer equiparables realidades y formas discriminatorias igualmente justificables por razones culturales [...] Las características físicas se relacionan implícitamente con rasgos culturales de grupos específicos que se delimitan étnicamente, es decir, no solamente en términos de especificidad cultural, sino de exclusión etnocéntrica del otro u otros” (Solé, 1995b: 43).

El racismo es expresado sin necesidad de ser declarado (Taguieff, 1995), lo cual ha originado la acuñación de la expresión de ‘racismo sin raza’ que, sin embargo, no consigue eliminar las bases naturalistas de sus contenidos ideológicos. En tanto que ideología, el racismo comparte con otras ideologías, fundamentalmente con el nacionalismo y el sexismo, un cierto número de características. La más importante de todas ellas quizás sea la aceptación de la tesis de las

divisiones naturales dentro de la especie humana, entendidas como básicas y de ámbito universal y, por tanto, como determinantes de las formas de organización social de los seres humanos. El determinismo natural sirve, entonces, de justificación a las modalidades de la acción social para los defensores de la ideología racista y considera sus secuelas sociales como la manifestación del cumplimiento de un plan natural preestablecido; esto es, las modalidades y prácticas de las relaciones sociales responden a un poder que se sitúa más allá, independiente de los seres humanos.

La praxis racista respondería al seguimiento estricto de lo establecido y planificado por ese poder, es decir, sería la ejecutora de los designios de esa instancia independiente de la (imposible) libre opción de los seres humanos. En efecto, en el proceso de diferenciación de los grupos sociales, si se procede a la combinación de atributos físicos con formas de manifestación sociales y ambas son percibidas como transmisibles hereditariamente, entonces se torna legítima la distribución asimétrica y jerarquizada de los grupos humanos previamente consignados como racial o culturalmente diferentes (Solé, 1995a).

Según J. Rex (1970), tres son los elementos que aportan luz a las situaciones consideradas como de “relaciones de razas”:

1. Estas situaciones se caracterizan por una concurrencia especialmente aguda, por conflictos, por una explotación y una opresión que va mucho más lejos de la que es posible encontrar en los mercados libres del trabajo.
2. Las relaciones de este tipo no se establecen únicamente entre individuos, sino también entre grupos relativamente cerrados, y los individuos disponen de una posibilidad restringida para pasar de un grupo a otro.
3. En tales situaciones, los grupos poderosos justifican el sistema recurriendo a cualquier tipo de teoría determinista de las características de los grupos, entre las que las formuladas por los biólogos y especialistas de la genética han ocupado un lugar preeminente.

Las conclusiones más significativas que se derivaban de esta consideración de las relaciones entre grupos humanos diferentes eran las siguientes:

- a) Permitía pensar que, aunque las ideas racistas pueden tener una cierta autonomía y vivir de su propio impulso durante períodos considerables, no se las podía considerar como totalmente autónomas. Esencialmente, pues, habrían de ser consideradas como intentos de racionalizar y legitimar ciertas estructuras de opresión y de explotación.
- b) De ahí se derivaba que toda tentativa para vencer al racismo tenía que vérselas no sólo con las ideas, sino también con las estructuras sociales (políticas, económicas o culturales) a las que tales ideas apoyaban.
- c) Se reconocía que las teorías utilizadas como justificación del racismo, no tienen ninguna obligación de ser de tipo biológico o genético, ya que teorías deterministas culturales e históricas de las características de los grupos servirían perfectamente para realizar la misma función que aquellas otras.
- d) El resultado de todo ello ha sido que, al calor de las nuevas situaciones y sus correspondientes ‘lecturas’, se ha desarrollado una nueva lógica de la inclusión y la exclusión basada en privilegiar la identidad, las tradiciones y el patrimonio cultural como rasgos distintivos de cada grupo humano y en sostener la necesidad de aislar territorialmente cada cultura (Stolcke, 1999). El núcleo duro de esta doctrina de la exclusión estaría formado por la existencia de diferencias culturales esenciales, cuya preservación

conduce *eo ipso* al rechazo de cualquier tipo de ‘mestizaje cultural’. El cambio de registro consiste, por tanto, en que en vez de excluir al otro mediante la atribución de rasgos biológicos inferiores, se exalta la diferencia absoluta e irreductible de “las culturas”, es decir, su inconmensurabilidad, lo que afecta directamente a los seres humanos concretos, que son los portadores de cada una de esas culturas enquistadas.

La preservación de la identidad cultural, tanto de los autóctonos como de los extranjeros, exige por tanto que éstos se queden en sus países de origen o que regresen a ellos. El extranjero, como en la propuesta platónica, debe limitarse a ser un “turista” (Baumann, 1997) con visitas de duración limitada no contaminantes. La identidad colectiva se expresa, pues, en términos de etnicidad, de cultura, de herencia o de tradición, más que en términos de “sangre” o de “raza” (Stolcke, 1999).

Una vez que la clasificación racial excluyente e inferiorizadora ya no cuenta con los apoyos científicos necesarios, la nueva retórica racista sólo recurre a las categorías raciales de manera excepcional, prefiriendo solventar el problema de la imagen pública de sus posiciones a través de la naturalización (esencias inmutables) de otras categorías como, en este caso, las referidas a la cultura y su entorno. Con ello, que la categoría de ‘raza’ deje de ocupar un lugar central no supone la eliminación de las manifestaciones del racismo. Éste se transmuta en la exaltación de las identidades y las referencias nacionalistas primordiales, lo que supone un fuerte contraste con los procesos que implica la globalización en curso. Así,

“al eliminar el vocabulario abrupto del racismo clásico por otro culturalista o indirecto el neoracismo produce dos tipos de efectos. Diluye o disimula su defensa de las desigualdades sociales y económicas como base de una jerarquía moral bajo la creencia en que son esenciales al ser social y de que se expresan como diferencias culturales, y evita las reacciones de rechazo visceral que suscitaba el discurso biologista y provocativamente desigualitario del racismo clásico” (Bello, 1998).

Sin embargo, como en el “viejo” racismo, este “racismo sin raza” (Montoya, 1994; Taguieff, 1995; García y Sáez, 1998), basado en el fundamentalismo cultural, sirve enteramente al mismo objetivo: legitimar la exclusión de los otros, de las minorías racializadas, de los extranjeros (en especial de los extranjeros inmigrantes), en tanto que portadores de elementos culturales diferentes e irreconciliables que únicamente pueden servir para contaminar y perturbar el desarrollo de las culturas de los países receptores de poblaciones emigrantes. Los recientes acontecimientos políticos y su traducción electoral en la Unión Europea son tanto una buena prueba de ello como de lo que aún queda por hacer.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEGRET TEJERO, J.L. (1992). Racismo y educación, en P.Fermoso (Ed.): *Educación Intercultural. la Europa sin fronteras*, pp. 93-110 (Madrid, Narcea).
- ALEGRET, J.L. et al. (1991). *Cómo se enseña y cómo se aprende a ver al otro*. Barcelona: Ajuntamen de Barcelona.
- BALIBAR, E. y WALLERSTEIN, I. (1988). *Race, Nation, classe. Les identités ambiguës*. París: Le Découverte.
- BAUMAN, Z. (1992). "Soil, blood and identity", *Sociological Review*, 40, pp. 675-701.
- (1997a). From Pilgrim to Tourist or a Short History of Identity, en S. Hall y P. Du Gay: *Questions of Cultural Identity*, pp. 18-36 (Londres, Sage).
- (1997b). *Modernidad y Holocausto*. Madrid: Sequir.
- BELLO, G. (1997). *La construcción ética del otro*. Oviedo: Nobel.
- (1998). "La construcción neorracista del otro", *Leviatán*, 73.
- ELLISON, R. (1952). *Invisible Man*. Nueva York: Random House.
- GARCÍA, A. (1994a). "La Educación Intercultural en los ámbitos no formales", *Documentación Social* 97, pp. 147-159.
- (1994b). "Educación democrática, sociedad democrática y comunicación", *Revista de Pedagogía Social*, 9, pp. 159-171.
- (1994c). "La formación intercultural del profesorado", *Anales de Pedagogía*, 12-13, pp. 65-80.
- (1996). La Educación Intercultural como materia transversal del curriculum, en A.M. Sarlet (compil.): *Salud, Medio Ambiente, Tolerancia y democracia: la transversalidad educativa*, pp. 191-204. (Murcia. D. M).
- (1997a). Culturas minoritarias, interculturalismo y democracia, en M. Pérez Ferra, M. (compil.): *Factores que favorecen la calidad educativa*, pp. 227-240 (Jaén, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Jaén).
- (1997b). Notas sobre la axiología de la Educación Intercultural, en J. Sáez (Coord): *Transformando los contextos sociales: la educación en favor de la democracia*, pp. 75-90 (Murcia, D.M).
- (1997c). La transversalidad en la enseñanza secundaria: un reto ante la diversidad, en N. Illán y A. García (Coords.): *La diversidad y la diferencia en la Educación Secundaria Obligatoria: Retos educativos para el Siglo XXI* pp. 211-225 (Málaga, Aljibe).
- (1998a). "Posibilidades y dificultades del interculturalismo", *Surgam*, 454, Segunda Época. Año XLIX, marzo-abril, pp. 3-22.
- (2000). Cultura, problemas identitarios y globalización, en J.A. Caride (Coord.): *Educación Social y Políticas Culturales*, pp. 287-297 (Santiago de Compostela, Tórculo).
- GARCÍA, A. y MADRIGAL, P. (1984). "Multiculturalidad y procesos de marginación", *Anales de Psicología*, 10, 1, pp. 63-67.
- GARCÍA, A. y MONTES, A. (1995). Por una educación integrada. El problema de las minorías y el caso gitano (293-297), en F. Sánchez: *Los gitanos en la historia y en la cultura* (Granada, Proyecto Sur de Ediciones).
- GARCÍA, A. y SÁEZ, J. (1998). *Del racismo a la interculturalidad*. Madrid: Narcea.

- GELLNER, E. (1983). *Nations and Nationalism*. Oxford: Basil Blackwell.
- (1987). *Culture, identity, and politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1997). *Antropología y política*. Barcelona: Gedisa.
- GOBINEAU, A. de (1967). *Essai sur l'inégalité des Races humaines*. París: Belfond.
- JAVALOY, F. (1994). "El nuevo rostro del racismo", *Anales de Psicología*, 10, 1, pp. 19-28.
- LEIRIS, M. (1983). "El prejuicio racial fruto de los mitos", *El Correo de la UNESCO*, Noviembre, 4-
- LUCAS, J. de (1992). "Un test para la solidaridad y la tolerancia: el reto del racismo", *Sistema*, 106, enero
- (1994). *El desafío de las fronteras. Derechos humanos y xenofobia frente a una sociedad plural*. Madrid: Temas de Hoy.
- MILES, R. (1982). *Capitalism, Racism and the Migrant Labour*. Londres: Routledge and Kegan Paul
- (1989). *Racism*. Londres: Routledge.
- (1993). *Racism after 'Race Relations'*. Londres: Routledge.
- MONTOYA, M.A. (1994). *Las claves del racismo contemporáneo*. Madrid: Libertarias/ Prodhufi.
- MYRDAL, G. (1944). *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy*. Nueva York: Harper and Row. 2 vol.
- PETTIGREW, T.S., (Ed.) (1986). *The Sociology of Race Relations. Reflection and Reform*. Nueva York: Free Press.
- (1989). "The nature of modern racism in the United States", *Revue Internationale de Psychologie Sociale*, 2, pp. 291-304.
- REX, J. (1970). *Race Relations in Sociological Theory*. Londres: Weidenfeld and Nicolson.
- (1973). *Race, Colonialism and the City*. Londres: Oxford University Press.
- (1986). *Race and Ethnicity*. Milton Keynes: Open University Press.
- SEARS, D. O. (1988). Symbolic Racism Katz, en P.A. y D.A. Taylor (Eds): *Eliminating Racism: Profile and Controversy*, pp.53-84 (Nueva York, Plenum).
- SEARS, D. O. y KINDER, D. R. (1970). *The good life, 'white racism' and the Los Angeles voter*. Encuentro Anual de la Western Psychological Association.
- SOLÉ, C. (1995a). *Prevenir contra la discriminación: actitudes y opiniones ante la inmigración extranjera*. Madrid: Consejo Económico y Social.
- (1995b). "El resurgir del racismo", *Sistema*, 126, mayo, pp. 41-52.
- SOLOMOS, J. y BACK, L. (1996). *Racism and Society*. Londres: Macmillan.
- STOLCKE, V. (1999). "Le nouveau discours de l'exclusion en Europe", *Revue Internationale des Sciences sociales*, 159, mars, pp. 31-42.
- TAGUIEFF, P.-A. (1988). *La force du préjugé. Essai sur le racisme et ses doubles*. París: La Découverte
- (1993). *Face au racisme, 1. Les moyens d'agir, 2. Analyses, hypothèses, perspectives*. París: Seuil.
- (1995). Las metamorfosis ideológicas del racismo y la crisis del antirracismo, en J.P. Alvíte (Coord.): *Racismo, antirracismo e inmigración*, pp. 143-204 (Donostia, Tercera Prensa).
- TOURAINÉ, A. (1993). Le racisme aujourd'hui, en M. Wieviorka (Dir.): *Racisme et modernité*, pp. 23-41 (París, La Découverte).
- (1996). *Critique de la Modernité*. París: Fayard.
- (1997). *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Madrid: PPC.

- WIEVIORKA, M. (1992a). *Visages du racisme*. París: La Découverte.
- (1992b). *El espacio el racismo*. Barcelona: Paidós.
- WIEVIORKA, M. (Dir.) (1993). *Racisme et modernité*. París: La Découverte.
- (1994a). *Racisme et Xénophobie en Europe. Une comparaison internationale*. París: La Découverte.
- (1994b). *Une société fragmentée? Le multiculturalisme en débat*. París: La Découverte.
- WIEVIORKA, M. et al. (1992). *La France raciste*. París: Seuil.
- WILSON, W. J. (1978). *The Declining Significance of Race*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1987). *The Truly Disadvantaged*. Chicago: University of Chicago Press.